

cio y solo oia el mugido del torrente, volvía tristemente al lado del afligido anciano y procuraba ocultarle su terror.

“Estan con tu hijo,” le decia suspirando, “él los ha de haber detenido; duerme, buen anciano, y yo velaré hasta que amanezca.”

“Sí, sí, hija mia,” replicaba Enrique; “mi hijo debe tenerlos consigo; procuraré dormir, no pienses en mí, y calma la agitacion de tu espíritu.” En seguida, para no aumentar la inquietud de Edmea, el buen anciano fingia que dormia tranquilamente.

Ámbos guardaban silencio, con la esperanza de engañarse el uno al otro; pero no bien oian el mas ligero ruido, se levantaban, y veian que ya no podian disimular mas tiempo.

## LIBRO II.

ENTRETANTO, Tell habia continuado su camino y ántes de amanecer habia llegado á los muros de Schwitz. Llamó á la puerta de Verner y los perros que rondaban el patio llenaron el aire con sus ladridos. Verner ya se habia levantado y estaba en pié al lado de una lumbrada, entregado á ansiosos pensamientos. Se dirigió a la puerta, la abrió al oír la voz de su amigo, y abrazándolo lo condujo al hogar. No bien reconocieron los perros al amigo de su amo, cuando fueron á hacerle halagos y á ofrecerle sus enormes cabezas para que las tocara con sus yertas manos.

“Amigo mio,” dijo á Verner el héroe, “ha llegado el momento en que debemos dar libertad

á nuestra patria, ó perecer en la demanda. Ven-  
go ahora á conferenciar contigo con prudencia ;  
pero no á pedirte sabios consejos ; porque es ya  
tiempo de obrar, y por lo mismo te traigo armas.  
Nuestra consigna será ‘el Último crimen del Ti-  
rano.’”

Apénas hubo Tell pronunciado estas pala-  
bras, cuando puso á los piés de Verner un pesa-  
do bulto de lanzas, flechas, arcas y afiladas espa-  
das que habia llevado sobre sus hombros. Ver-  
ner las contempló con tranquila satisfaccion.  
“Ántes de oir mas,” dijo, “vamos á ocultar este  
tesoro en lugar seguro. Aquí pueden quitarnos-  
lo inesperadamente, porque en un país gober-  
nado por tiranos, nadie puede decir que es due-  
ño de su casa.”

Entre los dos levantaron las armas y las lle-  
varon á un subterráneo. Volvieron despues á  
sentarse cerca de la lumbre ; Guillermo contó  
á su amigo la crueldad de Gesler, la angustia  
del anciano Melctal, la fuga de su hijo, el viage

de Gemmi en busca de este último, y como era  
preciso que en aquel mismo instante le estu-  
viese dando instrucciones para que en la noche  
se reuniera con ellos en Grutti y concertaran el  
modo de asegurar completa venganza.

Verner, despues de escuchar con atencion,  
hizo repetir á Guillermo todos los permenores  
de su grandioso designio, los pesó y los conside-  
ró, y enumeró cuantos obstáculos imaginaba que  
pudieran presentarse. Satisfecho al fin, con las  
respuestas de Tell, que todo lo habia previsto y  
estaba preparado para el caso mas desgraciado,  
dijo : “Comencemos nuestra obra, amigo mio,  
estoy listo.” Separáronse entónces y cada cual  
fué á llevar á sus amigos las armas que habian  
ocultado, proveyendo no solo á sus partidarios  
que vivian en la ciudad de Schwitz, sino tam-  
bien á los de las aldeas de las cercanías, y pusie-  
ron así en manos de los enemigos de la tiranía,  
los medios necesarios para destruir á los opreso-  
res. Celebraron que las nieblas y la abundante

nevada oscureciera el aire é impidiera que los encontrara álguien, que sospechara sus designios. Cien veces fueron y volvieron, no atreviéndose á llevar las armas todas á la vez. Emplearon doce horas en distribuir las y en inspirar aliento y valor á los corazones de aquellos á quienes las confiaban. En presencia del cielo les tomaron el juramento de combatir por la patria y les refirieron el reciente crimen del tirano.

Su entusiasmo por la causa de la libertad les daba siempre nueva fuerza y elocuentes palabras, para inflamar el ánimo de sus amigos y hacer crecer en ellos el amor á la patria.

Después de un día entero de tan laboriosa tarea, todas las armas quedaron distribuidas, reservándose Tell únicamente su fuerte arco y Verner una sola lanza. Excesivamente cansados volvieron á la cabaña de Verner, tomaron á toda prisa algún alimento para recuperar sus fuerzas, y urgidos por la velocidad del tiempo y por su cita con Melctal, sin tomar un momento de des-

canso, se encaminaron á la caverna de Grutti. Marcharon entre la nieve que el viento del norte impelia en su torno, llegaron á la orilla del lago y buscando una barca en la oscuridad descubrieron una muy pequeña, amarrada por fuertes cuerdas, y azotada contra la ribera por la violencia de las olas.

Viendo Verner, cuán agitado estaba el lago, se detuvo un momento y preguntó á Tell si su habilidad en manejar una barca, por la que era tan celebrado, lo hacia dominar el furor de la tempestad. “Está esperándonos Melctal,” contestó Tell, “y la suerte de nuestra patria depende de que nos reunamos con él. ¿Cómo, pues, puedes preguntarme si tendré valor para atravesar el lago? Yo no sé si podré sobreponerme á la tempestad; pero si sé que tengo el deber de hacerlo. No fio en mi destreza, sino en el Dios del cielo que vela por los hombres de buen corazón, y protege á los que trabajan por la libertad!”

Dijo, entró en la barca, y Verner lo siguió. Tell cortó la cuerda, tomó el remo, y se alejaron de la orilla. Sea casualidad, sea que en efecto el justo y poderoso Ser, invocado por el corazón de Tell, protegiese á los libertadores de la Suiza, el viento se aplacó repentinamente, las olas cesaron de levantarse y la barca impelida por el brazo de Tell que la hacia volar como flecha, se deslizó tranquila por el terso lago y en breve llegó á la ribera opuesta. Dejaron la barca bien asegurada, y se dirijieron á la caverna que les era muy conocida.

Melctal los estaba esperando en la entrada. Cuando vio á Tell, corrió á su encuentro, lo abrazó, lo bañó de lágrimas y apellidándolo con emoción su padre y su amigo, apenas pudo reprimir los sentimientos que lo agitaban. Guillermo lloró tambien, tomó la mano de su amigo, la estrechó con vehemencia, lo condujo al centro de la caverna, y allí rodeados de tinieblas y sentados en desnudas rocas, desecharon todos los pen-

samientos de sus agravios y de sus particulares intereses, para considerar únicamente el bienestar de su patria.

Tell fué el primero que usó de la palabra: "Melctal," dijo, "aun vive tu padre, está en mi casa y así pueden tranquilizarse tu ternura y tu piedad filial. Procuremos hallar, despues de maduro exámen, el medio mas seguro de libertar á nuestra patria, de devolverle sus derechos y de vengar las injurias que por tanto tiempo ha sufrido de la barbarie de los usurpadores. Cada uno de nosotros disfruta la confianza y la estimación del canton á que pertenece; así, pues, los valientes habitantes de Schwitz se alzarán al llamamiento de Verner, y no les faltarán armas, pues él y yo se las hemos proporcionado hoy en abundancia; doscientos soldados seguirán á Verner como á su capitán; nos han dado su palabra, su juramento y seguramente podemos contar con ellos. En Uri, dentro de los mismos muros de Altorf, donde la presencia del tirano

hace mas inminente el peligro, donde ha levantado esa espantosa fortaleza que parece sostener por siempre su poder, me ha sido mas difícil encontrar hombres que nos secunden. Todos los corazones anhelan la libertad, pero los soldados y los esbirros de Gesler espian sin cesar para extinguir la mas leve chispa de tan sagrada llama. No me atrevo, pues, á contar con los ciudadanos de Altorf. Temblando, gimiendo bajo el látigo del déspota, no se atreven á atacar, pero no lo han de defender. En las aldeas de los alrededores he hallado cien valientes resueltos á morir por mí. Tienen armas y decision y esto es cuanto puedo ofrecer. Ahora, Melctal, á tí te toca hablar, dinos qué éxito has alcanzado en Underwalden, y decidamos si de una vez, uniendo nuestras fuerzas, nos lanzamos á buscar la muerte ó la libertad.

“¡Amigo!” dijo Melctal, pudiendo apenas dominar su emocion, “no esperaba yo el auxilio que he obtenido, y, sin embargo, estaba cierto del

resultado. Están ya sobre las armas ciento cincuenta jóvenes de Underwalden, y hoy mismo los he visto. Me han elegido su jefe y ansían el combate. No perdamos un momento, amigos míos, marchemos esta misma noche á los muros de Altorf; reunamos á nuestros guerreros en el centro de la ciudad, ataquemos rápidamente el fuerte, y el pueblo nos ayudará, y quedaremos vengados del infame Gesler. Le he de sacar los ojos en el mismo lugar en que mi padre . . . pero, no sé lo que digo; perdonad al hijo mas desgraciado. Mi parecer es, lo repito, que á pesar de la oscuridad, á pesar de la nieve que cubre el suelo y oculta el camino, debemos marchar á Altorf ántes del alba y dar una batalla en que desde luego quedemos dueños del fuerte, ó completamente aniquilados.”

“Si, aniquilados,” replicó Verner con calma; “y ¿nuestra muerte, que sin duda será gloriosa, de qué provecho será para nuestra patria? ¿No escuchaste á Guillermo? Los cien jóvenes que

tiene armados en Uri, dispersos como estan en las aldeas, necesitan tiempo para unirse, mientras que el tirano ni un instante deja de estar rodeado de sus viles soldados. El pueblo de Altorf, descorazonado con la presencia del tirano, carecerá de valor para unírseos, y nuestros pocos hombres llegando á la plaza uno á uno y en desórden serán hechos pedazos dentro de sus muros. Fíad en mi experiencia: asegurémonos de ser ayudados ántes de comenzar cualquiera empresa peligrosa. ¿Creeis que somos los únicos suizos que suspiran por la libertad? ¿Los hombres de Zurich, de Lucerna, de las montañas de Zug, de Glaris y de Apenzel, no detestan como nosotros hasta la idea de la esclavitud? No lo dudeis: lo mismo que nosotros, esos valerosos pueblos anhelan la libertad, y mi corazon me anuncia que dia vendrá en que formen un todo con nuestros tres cantones y constituyen una república, cuyo nombre será respetado y temido por todos los reyes de la tierra. Aceleremos tan

gloriosos dias; enviemos diputados á Lucerna, á Zug, á Zurich, invitémosles á que unan sus fuerzas á las nuestras. Fijese un dia, un dia sagrado, en que todos los suizos, los amigos todos de la libertad, ataquen á sus tiranos. Entónces nos levantaremos, entónces Altorf despertará, y el asustado gobernador rodeado de nuestras armas será fácil presa de nuestro valor, ántes de que sus mensajeros, detenidos por todos lados, hayan tenido tiempo de comunicar su peligro al Emperador.”

Así concluyó Verner; Meletal hubiera querido disputar con él, pero Tell comenzó á hablar y ámbos lo escucharon con atencion.

“Meletal,” dijo, “me complazco en tu valor, excuso tu impetuosidad, pero pudiera ser fatal á nuestra causa. Verner, admiro tu prudencia, pero tambien pudiera ser peligrosa. Ninguna esperanza quedaria para nuestro sagrado proyecto, si hubieramos de dejarlo depender del tiempo ó del vigilo de mas de unos cuantos corazones

leales. La mas ligera equivocacion, una palabra, un accidente insignificante, á menudo frustra el trabajo de muchos años. Si en todas las ciudades que has nombrado, se nos asociara un solo traidor, podria esclavizar á sus compatriotas una vez mas, y presenciar el tormento de los mejores hijos de nuestro país. No, no salga de nosotros nuestro generoso intento; suframos, como no dudo que tengamos valor para sufrir, por la causa de la libertad; y cuando Uri, Schwitz y Underwalden hayan enarbolado en sus montañas el estandarte de la libertad, nosotros, y si no nosotros, nuestros hijos encontrarán á los demas cantones ansiosos de combatir bajo nuestra bandera, ó de ser protegidos por su sombra—

“Verner, ya es tiempo de obrar, pero Melchtal, á tí te pido una corta demora. Entretanto, escuchad mis planes. Schwitz y Underwalden estan ya armadas; segun decís trescientos cincuentos guerreros están listos á obedecer vuestras órdenes. Es menester que se reunan, no en medio de una

ciudad ó de una aldea, sino en un valle escondido, en un sitio desierto donde puedan unirse y desde donde puedan comenzar su marcha. De esto os encargaréis vosotros; yo vuelvo á Uri y ayudado por el valiente Furst, el único á quien he confiado nuestro secreto, reuniré, si puedo, á los cien enemigos del tirano, cuyo ánimo y cuyo valor los hagan dignos de combatir á nuestro lado. Furst los buscará en Maderan y en Urseren, en las montañas, donde nacen el Aar, el Tesino, el Rhin y el Ródano. Me quedaré solo en Altorf y aguardaré un mensajero de Furst que me comunique el momento en que sus tropas esten dispuestas á marchar. En ese momento daré fuego á un inmenso haz de leña, que tengo preparado en la montaña en que vivo. Veréis la llamarada, y ámbos debeis apresuraros á ir al lugar de la cita, y de allí marchar sin demora á Altorf con todas vuestras tropas. He calculado el tiempo y la distancia: Furst con los patriotas de Uri, Verner con sus amigos de Schwitz y

Meletal con los guerreros de Underwalden, llegarán casi á un tiempo á las puertas del norte, del sur y del este de la ciudad. Yo estaré allí, amigos míos, estaré solo en medio del pueblo que con mi voz y mi esfuerzo procuraré levantar á conquistar su libertad. Sí, mi palabra proclamará este nombre sagrado que ha llegado á ser nuestro grito de guerra. Vosotros lo pronunciaréis al entrar; y ante tal espectáculo y tal acento, el pueblo atónito, mirando á los hijos de Uri, de Schwitz y de Underwalden, volará en su auxilio é impulsados por su odio, atacarán con furor á Gesler y aumentarán el número de nuestros valientes. Nuestras banderas ondearán en breve en las alturas de esa terrible fortaleza, y toda la Suiza, reanimada con este primer triunfo, acudirá ansiosa á tomar parte en nuestras futuras victorias.”

Habló así Tell, y Meletal se arrojó en brazos de su heroico amigo inundándolo con su llanto de júbilo. Verner quedó convencido y adoptó el

parecer de Tell. No se necesitaron nuevos juramentos para ligar la fé de estos hombres, para cuyas grandes almas estaban de mas tales formalidades. Se separaron, repitiendo que no se pondrían en marcha hasta que Guillermo diese la señal conocida.

Meletal regresó á Stantz para preparar á sus amigos, y Verner y Tell en su barca volvieron á atravesar el lago que estaba todavía sereno, y al llegar al otro lado, Verner tomó el camino de Schwitz, y Guillermo se dirigió á Altorf, andando por la orilla del lago. Antes de ver á Edmea, quiso hablar con sus amigos de Altorf y comunicarles sus grandes designios.

Entró á la ciudad, se dirigió al mercado y el primer objeto que descubrió fué, en la punta de un alto palo, un sombrero ricamente bordado de oro. Numerosos soldados estaban en torno del poste, y guardaban silencio, como si custodiaran con respeto aquel emblema del poder. Guillermo se acercó perplejo; pero viendo á los ciu-



dadanos de Altorf inclinarse delante de aquel sombrero y mirando á los soldados forzarlos con sus picas á postrarse hasta el suelo, pudo apenas dominar su indignacion y se detuvo á contemplar aquel espectáculo. No queria dar crédito á sus ojos, permaneció mudo é inmóvil apoyándose en su arco, y sintió en su alma menosprecio hácia la degradada multitud y los infames soldados.

Sarnem mandaba á aquella tropa—Sarnem, cuyo celo feroz se complacia en exceder á las ordenes del tirano. Pronto descubrió al hombre que en medio de las turbas humilladas, permanecia en pié, levantando altivo la cabeza. Corrió hacia él y mirándolo con ojos que la cólera encendia: “Quien quiera que seas,” le dijo, “tiembla, teme que yo castigue tu tardanza en obsequiar las órdenes de Gesler. ¿No sabes que se ha publicado una ley que obliga á todo ciudadano de Altorf á inclinarse reverentemente ante este signo del poder?”

“No sabia yo de tal ley,” contestó Tell, “ni hubiera jamás imaginado que á tal exceso de tiranía y de locura condujera la posesion del poder ilimitado. Pero al ver la vil sumision de este pueblo, casi excuso y aun apruebo la demencia de Gesler. Razon le sobra para llamarnos esclavos! Jamás despreciará bastante á los que así se degradan á sí mismos. Pero lo que es yo, solo me posterno delante de Dios!”

“¡Insensato!” replicó Sarnem, “en breve te arrepentirás de tu insolencia. Arrodíllate desde luego, si no quieres que mi brazo te castigue.”

“El mio me castigaria,” dijo Tell, fijando en Sarnem su severa mirada, “si fuera yo capaz de obedecerte.”

Al oir estas palabras, el cruel Sarnem hizo una seña á sus soldados, que al punto se apoderaron de Guillermo, quitándole su arco y su carcaj, y lo llevaron ó mas bien lo arrastraron al palacio del gobernador, poniéndole al pecho las puntas de sus espadas.

Tranquilo en medio de los soldados, sordo á sus duras palabras, y cruzando los brazos sobre el pecho, se presentó Guillermo ante el tirano. Lo miró con desden, y dejando que sus acusadores hablaran sin interrupción, esperó con orgullosa calma á que Gesler lo interrogara.

Con su aspecto, su actitud y su aire imperturbable asombró y aterró al gobernador. Una especie de sobresalto, un secreto presentimiento, le anunciaba que el hombre á quien tenia delante habia de ser el vengador de todos sus crímenes. Apénas se atrevia á mirarlo, y mucho ménos á hablarle. Al fin, con voz trémula, le dijo: “¿Por qué has desobedecido mis órdenes, negando al emblema de mi poder, sea el que fuere, el respeto que se me debe á mí mismo? Habla, si tienes algo que decir en tu defensa y acuérdate de que tengo la facultad de perdonar!”

Tell fijó sus ojos en el tirano, y tan amarga fué su sonrisa como su mirada. “Castígame,”

le dijo, “sin intentar penetrar mis pensamientos. ¿Cómo tú, que eres enemigo de la verdad, quieres ahora oír su voz?”

“Quiero que me la digas tú mismo,” dijo el gobernador, “quiero que me hagas conocer mis faltas y mis deberes.”

“Y yo no pretendo instruir á los tiranos, aunque el horror que en su presencia experimento, no me priva de mi valor. Pero puedo recordarles sus crímenes y mostrarles el paradero que han de tener. Escúchame, pues, Gesler, ya que me has mandado que hable.

“Se ha colmado la medida: la copa de amargura que los cielos irritados han puesto en tus manos se desborda ya por todos lados. Dios, que te ha hecho su instrumento para castigar nuestras culpas, prepara ya sus rayos contra tí. Oye los clamores de los inocentes que tienes aherrojados, de las viudas y de los huérfanos, reclamándote á sus esposos y sus padres que han perecido en el tormento por tus bárbaros man-

datos. Sus sangrientas sombras vagan por tu morada, te persiguen en tus sueños y señalan sus heridas abiertas y sus miembros descoyuntados! Su sangre te mancha las manos y te despierta á medianoche. Ni la oscuridad te libra de este horrendo espectáculo, y en vano cierras los ojos con la esperanza de olvidarlo. Los pocos á quienes has dejado con vida, vagando léjos de su hogar y dejando á tu avaricia sus riquezas que ganaron con su trabajo, huyen á ocultarse en las asperezas de las peñas ó en las espesuras de las selvas. Y ¿qué hacen estas miserables gentes? Temiendo tu nombre mas que el ruido del avalanche que al precipitarse sepulta las aldeas bajo su peso ¿en qué emplean sus noches, y sus dias? Se arrodillan en las rocas tendiendo las manos al cielo, y orando al Dios de la venganza, le ruegan que aniquile al azote de su patria. Pues bien, Gesler, debo decirte que las plegarias de nuestro pueblo, los gritos de los inocentes, que por tu orden han sido perseguidos,

saqueados y martirizados, que la sangre que no has cesado de verter, y que aun señala las huellas de tus pasos, que la voz de esta sangre ha llegado al cielo. Sí, nuestras quejas han subido al trono del Altísimo; su justicia va ya á emprenderte; mi patria va á ser libre!

“Tales son mis esperanzas, mis plegarias y mis pensamientos. Has querido oírlos, te he obedecido, y nada me queda ya que decirte, pues no degradaré mi razon en examinar ni por un momento el capricho, la locura que ha obligado hoy á los ciudadanos de Uri á doblar la rodilla ante tu sombrero. Sabes todo lo que ha pasado y puedes disponer mi muerte.”

Gesler escuchó sin contestar. Reprimió su cólera, sin embargo, solo para asegurar mejor su venganza. Su furor se contuvo con la esperanza de descubrir ó inventar algun nuevo modo de atormentar á un hombre que despreciaba la muerte. Pensó en el momento en los dos niños á quienes la víspera habia cargado de cadenas.

Comparando la libertad de lenguaje del niño con lo que acababa de oír, su furia, su sagacidad le hizo primero sospechar, que los niños que tan altamente despreciaban á los tiranos, podían pertenecer al que tenía la temeridad de desafiarlo. Deseando descubrir sin tardanza la verdad de su sospecha, dispuso en secreto que le presentaran á los niños. Sarnem voló á cumplir esta orden. Entretanto, el artificioso Gesler, disimulando su furor y fingiendo no haberse irritado con las palabras de Tell, friamente comenzó á hacerle preguntas sobre su condicion, su familia, y la clase á que pertenecía en Uri.

Guillermo le dijo su nombre, y este nombre tan famoso en Altorf, conmovió y alarmó al gobernador. “¡Cómo!” le dijo sorprendido, “eres tú Tell, cuya destreza en guiar una barca es tan celebrada, y cuyo arco jamás ha disparado en vano sus flechas?” “Sí, yo soy,” replicó Tell, “y me avergüenzo de que mi nombre solo sea conocido por triunfos tan estériles para mi patria.

Tan vanas proezas valen mucho ménos, á mis ojos, que la muerte que pronto sufriré por haber pronunciado el nombre de la libertad!”

En este momento apareció Sarnem, llevando consigo á Clara y á Gemmi. Cuando Tell vió á su hijo, dió un grito y se lanzó á él, exclamando: “Oh! Gemmi! oh! hijo mio! aun puedo abrazarte una vez mas . . . pero en qué sitio . . . cómo . . . por qué. . .” “No, no” replicó Gemmi, “tu no eres mi padre, no, yo no te conozco; mi familia está lejos de aquí.” Así habló el niño, conociendo el peligro de Guillermo, y sabiendo la suerte que reservaba Gesler á sus infelices padres. Guillermo quedó atónito, con los brazos abiertos y sin poder advinar por qué su hijo repulsaba sus caricias y se atrevía á negarlo. Clara aumentó su asombro repitiendo lo que Gemmi había declarado; que Tell no era de su familia. Su corazón se conmovió, comenzaba á irritarse contra los niños, y Gesler, cuyos fieros ojos espíaban todas las emociones, Gesler, que com-

prendió perfectamente lo que era un misterio para Tell, se gozó á la vez en el temor, en la sorpresa y en la agonía del padre y del hijo.

Su rostro traicionó la infernal alegría que llenaba el corazón. “Yo no me engaño, Guillermo,” dijo, “este niño es hijo tuyo, y tu hijo me ha ofendido. He sufrido con paciencia todo tu lenguaje insultante, hasta poder encontrar un castigo tan grande como tu audacia; oye el que te he decretado. Deseo, aun al castigar tu insolencia, rendir homenaje á ese raro talento de que tanto se jacta tu país, y que los ciudadanos de Altorf, al presenciar mi severa justicia, aplaudan tu destreza. Tu arco te va á ser devuelto; tu hijo se pondrá frente á tí á cien pasos de distancia; sobre la cabeza se le pondrá una manzana que sirva de blanco á tu flecha. Si tu mano, tan orgullosa con su firmeza, quita la manzana de la cabeza de tu hijo, tú y él serán perdonados; pero si rehusas esta prueba, inmediatamente se le dará la muerte en tu presencia.”

“¡Bárbaro!” exclamó Tell, “qué demonio del infierno te ha inspirado tan horrible idea? Y tú, ¡oh justo Dios! que lo escuchas, ¿cómo permites un exceso tan cruel y tan despiadado de la tiranía? No, no aceptaré esta prueba—no me expondré á ser asesino de mi hijo. Quiero morir, Gesler, imploro la muerte de manos de tus asesinos, á quienes veo ya dispuestos á empapar en sangre esas manos que han sacrificado tantas víctimas. Pido, ruego morir inocente como hombre y como padre! Oyeme, Gesler, tus numerosas guardias, el ejemplo de todos mis ciudadanos, la certidumbre de la muerte, no han tenido fuerza bastante para hacerme inclinar ante el emblema de tu poder. Prefiero la muerte á tamaña degradacion. Pues bien, ahora estoy dispuesto, con tal de obtener la muerte y de librarme del riesgo de atravesar el corazón de mi hijo, á postrarme delante de tí, con todo y que eres un tirano. Prométeme la muerte, Gesler, y rendiré homenaje á tu poder.”

“¡No!” exclamó Gemmi en aquel momento, con una voz que conmovió hasta á los soldados que lo rodeaban, “no, no te humilles ante un tirano, padre mio. Yo acepto, yo me gozo en la prueba. Cualquiera que sea el resultado, tú quedarás en libertad. Ten valor, no temas, y Dios dirigirá tu mano—tu hijo no perecerá, se salvará, créelo, y perdónalo, si por un momento se atrevió á negarte. Temí por tu vida, solo por tu vida, y con la esperanza de salvar lo que me es mas caro en la tierra, renunciaba al querido nombre de hijo tuyo. Perdóname, oh padre! y déjame repetir cien veces el nombre que no me atreví á pronunciar. Ten valor, padre, no me has de matar: una voz secreta me anuncia que he de quedar salvo. Que me lleven al sitio, que me lleven al instante, y tú, Clara, vuélvete á tu casa; pero no digas á mi madre lo que está pasando.” Gemmi se arrojó entónces en el seno de Tell, que lo recibió, lo abrazó y lo estrechó contra su corazon. Quiso hablarle; pero solo

pudo bañarlo de llanto, pronunciando su nombre con voz trémula y entrecortada. Clara se desmayó, los soldados la llevaron al palacio, y el inhumano Gesler, sin compadecerse ante aquel espectáculo, repitió sus espantosas órdenes, poniendo á Guillermo por última vez en la fatal alternativa de ver morir á su hijo, ó de exponerse á matarlo él mismo.

Por algunos momentos Guillermo no contestó, bajaba los ojos con desesperacion, y seguía estrechando á Gemmi entre sus brazos. Alzando repentinamente la cabeza y dirigiéndose á Gesler, con los ojos enrojecidos de llorar, y lanzando miradas de fuego al traves de sus lágrimas, exclamó: “Obedeceré, que me lleven al sitio de la prueba.” Las guardias rodearon al padre y al hijo, que aun tenian las manos entrelazadas, y fueron sacados del palacio por las tropas de Sarnem. La multitud, que estaba ya informada del horrible acontecimiento, se habia reunido ya en el mercado. Casi todos gemiaon en su in-

terior; pero no se atreivan á pronunciar ni una palabra de compasion. Sus tímidos ojos buscaban á Guillermo y lo descubrieron entre las espadas desnudas de los soldados, caminando con Gemmi que se sonría con su padre. El aspecto de Tell arrancaba lágrimas á los espectadores; pero el temor los obligaba á ocultar á los soldados hasta estas señales de lástima. Todos veian hácia el suelo, reinaba en el pueblo un siniestro silencio, todos gemian, sufrían; pero no se atrevían á quejarse.

El feroz Sarnem midió lentamente el terreno, que por tres lados quedó cercado de una doble fila de soldados. El pueblo se agolpó estrechamente, detras de la tropa. Gemmi contemplaba tranquilamente los preparativos, desde el extremo más lejano del cuadro.

Gesler se quedó á distancia detras de Tell, rodeado de sus guardias, y sin poder desechar de su mente los temores que el silencio del pueblo le inspiraba. Guillermo permaneció en medio

de las deslumbrantes lanzas de la tropa, con los ojos bajos, é inmóvil cual una estatua. Le dieron su arco con solo una flecha, cuya punta probó, se rompió y la arrojó al suelo, pidiendo su carcaj. Fuéle llevado, y teniéndolo á los piés, se inclinó como para escoger una flecha; pero, luego que pudo, ocultó una entre su ropa, y tomó otra con la que indicó que iba á disparar. Sarnem mandó que retiraran las demas, y Tell comenzó lentamente á preparar su arco. Miró á su hijo, se detuvo, alzó los ojos al cielo, arrojó su arco y su flecha y pidió que le permitieran hablar con Gemmi.

Cuatro soldados lo acercaron á su hijo. "Gemmi" le dijo, "quiero estrecharte una vez mas entre mis brazos y repetirte lo que te he dicho ántes. No debes moverte, hijo, debes estar firme, pon una rodilla en tierra, porque creo que así te moverás ménos. Ruega á Dios, hijo mío, que ayude á tu desdichado padre. Pero no, ruega solo por tí, no sea que pensando en mí

te enterezcas y pierdas esa serenidad, que admiro sin poder imitarla. Oh! hijo mio ¿por qué no puedo mostrarme tan grande como tú? No pierdas tu firmeza, de la que yo no puedo darte ejemplo. Sí, permanece así, hijo mio, eso es lo que deseo, . . . lo que deseo, ¡desdichado de mí! ¡Y lo permites, Dios mio! . . . Oye, vuelve la cara, tú no sabes, no puedes prever el efecto que te hará la punta de esta flecha, este agudo acero disparado contra tu frente. . . voltea la cabeza, hijo y no me mires.”

“Sí, sí,” replicó Gemmi, “quiero y debo mirarte; no veré la flecha, solo veré á mi padre.”

“Oh hijo querido!” exclamó Tell, “no me hables, tus palabras, tu voz me quitará la fuerza. Calla, reza y no te muevas.”

Guillermo lo abrazó, quiso separarse de él, lo volvió á abrazar, le repitió sus últimas palabras, le puso la manzana en la cabeza, y apartándose de él precipitadamente, volvió á grandes pasos á su primer puesto. Allí, empuñando





el arco y la flecha y fijando los ojos en el amado objeto, contra el que tenia que lanzar su tiro, dos veces quiso disparar su flecha, pero en vano. El arco se le cayó de las manos. Al fin, concentrando toda su destreza, toda su fuerza, todo su valor, y enjugando las lágrimas que le anublaban la vista, invocó al Ser omnipotente que mira desde el cielo las angustias de un padre, y dominando su brazo trémulo, forzó, acostumbró su vista á no mirar mas que la manzana. Aprovechando el instante, rápido como el pensamiento en que pudo olvidar el riesgo de su hijo, metió puntería, disparó su arco, y dió en la manzana á que se llevó la flecha volando.

El mercado resonó con gritos de júbilo. Gemmi corrió á los brazos de su padre, que pálido, inmóvil, agotado por tan terrible esfuerzo, no pudo corresponderle su abrazo. Miró vagamente en su derredor, no pudo hablar y apenas oía la voz de su hijo. Apenas podia tenerse en pié y hubiera caído, á no sostenerlo Gemmi. La



Elisa

flecha oculta entre su ropa, cayó entonces al suelo, y fué vista por Gesler, quien inmediatamente fué á ponerse á su lado. Tell, que comenzaba á recobrar el sentido, desvió la cabeza al ver al tirano.

“¡Incomparable arquero!” le dijo Gesler, “cumpliré mi promesa y te pagaré el premio de tu sin igual destreza. Pero ántes quiero que me digas ¿para qué reservabas esa flecha que tenias oculta? Si una sola te bastaba ¿para qué escondias esta otra?” “Tirano,” dijo Tell, “esta te habria atravesado el corazon, si torpe mi mano hubiera dado la muerte á mi hijo!” Á estas palabras, arrancadas por la congoja de un padre, Gesler se retiró en medio de sus guardias.

Revocando su promesa, ordenó al cruel Sarnem que inmediatamente cargara á Tell de cadenas y lo condujera al fuerte. Obedeciendo esta órden, arrancaron á Tell de los brazos de Gemmi, que en vano pidió acompañar á su padre. Las guardias lo ahuyentaron empujándolo.

El pueblo murmuró y pareció conmovido; Gesler se retiró á toda prisa á su palacio y dispuso que sus soldados estuviesen sobre las armas. Numerosos cuerpos de tropas austríacas recorrieron toda la ciudad, y obligaron al pueblo amedrentado á ocultarse en sus casas. El terror se difundió por las calles, y los soldados se prepararon á cebarse en la sangre de nuevas víctimas.